

DE DON GONZALO BULNES

BARROS ARANA EN LA INTIMIDAD

Yo no fué el honor de ser de la intimidad diaria del señor Barros Arana. Lo veía de cuando en cuando, pero en esas ocasiones nuestras relaciones eran en cierta manera íntimas. El sabía que yo tenía por él un profundo respeto. Tampoco ignoraba que me había hecho un deber de salir en su defensa, siempre que había sido necesario, en la prensa y en la Cámara.

Hoy experimento esa impresión de respeto con mucha mayor intensidad que antes.

Hoy, que mi sabio Rector es sólo una enseñanza y un recuerdo, lo veo mas grande, y su noble figura se me representa como el faro de la intelectualidad sud-americana.

En vano busco en el pasado y en el presente, tanto de Chile como del resto de nuestro continente, otro que se le iguale por la variedad, y profundidad de los conocimientos y que pueda aspirar con mas derechos al título de sabio. En vano busco otro que haya dejado un surco mas profundo en la vida social de su país. El tuvo en Chile el cetro de la enseñanza en su mano durante medio siglo, y educó diez o veinte mil jóvenes con un método y una tenacidad. Esas diez o veinte mil personas están hoy repartidas y ejercen en silencio, la influencia de la educación que recibieron de él.

No me propongo hoy recordar sus servicios. Me limitaré a presentar al señor Barros Arana tal como era en la intimidad, tomando al acaso algunos recuerdos personales de mis relaciones con él.

Don Diego, así era el nombre con que lo designábamos sus ex-alumnos, era sumamente metódico en su vida. Se levantaba temprano y se encerraba en su escritorio, que a la vez le servía de biblioteca, hasta medio día, en que salía a pie de su casa para ir a hacer sus clases en el Instituto.

Llegaba al Instituto generalmente con una media hora de anticipación y ahí acudían los profesores a saludarlo, y se noticiaba de las cosas del día. Cuando se hacía referencia a algún artículo de la prensa, de ordinario manifestaba no haberlo leído ni saber nada, probablemente para estudiar la impresión del que le hablaba, pero yo creo, que aquello era un sistema.

Tenía de tal manera metodizado su espíritu que nada lo distraía de sus lecturas diarias. El estudio era en él una pasión incontenible, a que dedicaba invariablemente varias horas cada día. Del mismo modo se había acostumbrado a escribir todos los días, y ese hábito le había creado una necesidad. "Yo no escribo por gusto," me decía, ni por que me lisonjee con los apodosados o cuales. Escribo porque me gusta, porque me descansa, porque me produce agrado".

Y solamente así, con una desocupación absoluta de negocios, y con un método invariable de trabajo sostenido durante medio siglo, se comprende que haya podido dejar una verdadera biblioteca escrita por él,

y no de obras de imaginación, sino de referencias minuciosas a autores, fechas y personajes.

Hasta hace algunos años, escribía como lo usamos todos en una mesa, pero en los últimos tiempos lo hacía sentado en una poltrona, estendiendo el papel sobre las rodillas, el cuerpo enrollado, los libros de consulta amontonados en el suelo, al alcance de su mano, y la cabeza cubierta con un gorro de tafetan negro, tal como se le ve en los últimos retratos que hai de él.

En su cuarto de dormir tenía una lámpara de gas, dispuesta de modo que la luz iluminara la cama, y como en los últimos años sufría de insomnios, continuaba sus estudios del día durante la noche, y según me contaba, preparaba así, muchas veces, el trabajo que escribía en la mañana siguiente.

Su sed de saber era insaciable. Se comprende. La ciencia es una cadena imantada. Un eslabón atrae a otro. Los conocimientos se van enlazando entre sí. El noble anhelo de seguir profundizando una materia es un aguijón en los espíritus superiores. Ese aguijón lo sentía don Diego.

Un hombre dominado hasta ese punto por la sujeción del estudio, es un hombre inmortalizado. Así se comprende que siendo un fumador que no abandonaba el cigarro a ninguna hora mientras fué Rector del Instituto, lo dejara sin la menor dificultad, cuando su sobrino y su médico, Manuel Barros Borgoño, le manifestó que esa costumbre le hacía mal.

El poeta ha dicho:

En los zarzales de la vida deja
Alguna cosa cada cual.

Don Diego fué dejando todos los que llamamos vicios y que constituyen hábitos, pero conservando intacto el de la lectura casi hasta los últimos días.

Don Diego era un charlador infatigable y muy ameno por la variedad de su conversación.

Como sabía tanto, tenía tema fecundo en cualquier materia. Cuando se llegaba a verle en momentos en que su salud estuviese buena, tomaba la palabra y amenizaba la conversación con chistes, de que era pródigo, porque era muy gracioso.

Sus juicios sobre las personas no eran siempre exactos. Los hombres eran para él o muy buenos o muy malos. Ese juicio es generalmente equivocado. Los ángeles y los demonios existen mas en la poesía que en la vida real.

Yo me esplico esta tendencia de su espíritu por una doble influencia. Tenía una sensibilidad moral muy esquisita y encontraba muy grave cualquier desviación de la línea recta. Además su prodigiosa memoria le hacía recordar cualquier acto de la vida de un hombre. Cuando recibía una impresión desfavorable de alguien, no la olvidaba jamás. Agréguese a esto que no había tenido el roce de los negocios, que es la verdadera escuela para conocer a los hombres.

Era materia de sorpresa para cuantos trataban al señor Barros Arana,

observar la diferencia que había en él cuando hablaba y cuando escribía.

Hablando se le encontraba amenuado apasionado, pero desde que tomaba la pluma en la mano se revestía de un sacerdocio de justicia y de verdad.

Ni aun en sus escritos de polémica incurrió en una frase destemplada, ni en apreciaciones notoriamente injustas.

Pertenecía a una escuela netamente liberal. Su criterio y su pluma vibraban bajo esa influencia, pero cuando llegó el caso de escribir la historia, fué, antes que todo, hombre de verdad. Su volterianismo no lo arrastró a aplaudir a Bilbao. Su liberalismo no le impidió trazar uno de los retratos de Portales mas imparciales y verdaderos que se hayan escrito hasta hoy. Ese retrato se encuentra en la Historia Jeneral de Chile. La misma tendencia no le impidió hacer amplia y duradera justicia a la política del gobierno de Bulnes, y escribir un libro que es un monumento de imparcialidad, y diría de gloria para aquella administración, si no me fuera prohibido, a mí, emplear esa palabra.

Talvez el único caso en que su pluma se dejó arrastrar por la pasión, fué para levantar a O'Higgins y para deprimir a los Carreras. O'Higgins es grande en su medida, pero don José Miguel Carrera fué útil en la suya al triunfo de la revolución.

El me ha contado que quien determinó el o'higinismo de su espíritu fué el jeneral Prieto, el que conociendo las aficiones literarias del señor Barros Arana en su primera juventud, le recomendaba que se pusiera en guardia contra la tendencia netamente Carrerina que tenía entonces nuestra historia, y le hablaba de O'Higgins con cariño y veneración.

Don Diego era la crónica viva de esta ciudad de Santiago. Sabía los entroncamientos de todas las familias, y como había conocido mucha jente en su larga vida, salpicaba sus recuerdos con anécdotas de todas ellas.

Siendo en apariencia sencillo y democrático, en el fondo era aristócrata. Tenía vanidad de familia, orgullo de sus antepasados. Manifestaba un respeto muy grande por su padre y cuida de nombrarlo en su Historia cada vez que puede.

Hoy la corriente es democrática. Eso puede ser muy bueno, pero tampoco tiene nada de malo que un apellidado haga del honor un culto. Además desde que Darwin probó que las condiciones morales e intelectuales son hereditarias—salvo los irremediables saltos—el principio de familia tiene base científica, y por consiguiente es respetable.

El alma de don Diego tenía un gran fondo de ternura.

De otro modo no se esplica el culto que rindió a la amistad.

Sus amigos eran sus Dioses Penates. Los honraba con un homenaje constante. Esos amigos eran don Andrés Bello, el jeneral Mitre, don Aníbal Pinto, los Amunátegui. También profesaba un gran respeto al Presidente Pérez. En la jeneración actual, para no nombrar sino a los muertos, las afecciones mas hondas de su alma fueron para Manuel Barros Borgoño.

Todos tenemos amigos, pero la amistad tenía un sentido especial para Barros Arana. Veneración para los muertos, ternura paternal para los vivos. Ella resistía a todas las pruebas.

La cuestión de límites ofendió profundamente a don Diego. Se creía engañado y burlado porque, según lo aseguraba, lo que había hablado con los estadistas de la República Argentina siendo Ministro en Buenos Aires y despues como negociador del tratado de 1881 y lo convenido de un modo explícito, y sin reserva alguna, era que el límite internacional fuera la línea divisoria de las aguas. Sin embargo en el calor de aquel agitado debate, recordaba a su amigo el jeneral Mitre con la ternura y el afecto de siempre.

A los Amunátegui les erigió con su solo esfuerzo la estatua que se levanta en la Alameda, y el haber cumplido ese deber endulzó sus últimos años.

Aparentemente don Diego era una naturaleza brusca. No conocía el halago. Era absolutamente incapaz de decir algo que no pensase y sintiese. Jamas salió de su pluma un elogio que en concepto de él, no fuese merecido.

Su carácter era sumamente independiente. Su noble frente no se inclinó jamás ante el éxito.

Sistemáticamente don Diego era opositor. Un día me decía riéndose: "He sido gobiernista dos veces. La primera en tiempo de Pinto: semi-gobiernista en tiempo de don Jorge Montt. Yo no sé por qué he de ser siempre opositor".

Era porque no se podía doblegar ante las medianías que levanta la política.

Su alejamiento del Gobierno era sistemático. Cuando trató con Jover la impresión de su Historia Jeneral de Chile, la única condición que le impuso, fué que no podría solicitar suscripciones del Gobierno. Cuando erigió la estatua de los Amunátegui, ningún personaje oficial descubrió el monumento como es de uso. Don Diego lo erigió y lo descubrió. Entregó el pensamiento y la justicia de aquel homenaje en bronce al pueblo y a la posteridad, sin padrinos oficiales.

El oficialismo se vengó de él con usura. Le cerró el paso al rectorado de la Universidad, tocando recursos que son una vergüenza para el Gobierno que los empleó.

El que borró a O'Higgins del escalafon militar, y el que impidió que Barros Arana fuera rector de la Universidad, tienen cuantas pendientes con la Historia!

Le gustaba recordar el pasado y comparar el estado intelectual del país

en 1860 y hoy. Sentía oír hacia esa comparación.

Es común oír decir que la nacional está falseada, porque encuentran hombres prácticos los negocios industriales o científicos, y que, en cambio, hai plétora de atagados. De esto se deduce un cargo contra Barros Arana.

El cargo es injusto. En todas partes del mundo la educación corre por diversos cauces, que se reúnen en dos grandes colectores. Barros Arana creó uno de éstos. Si el otro, la educación industrial, no se ha planteado con su organismo y personal completo desde la escuela hasta su Universidad especial que sería o una Escuela de Química, como la de Jinebra, o un Politécnico, como el de Zurich, eso no es culpa del señor Barros Arana sino de los Gobiernos, que pudiéndolo hacer no lo han hecho, incurriendo en una gravísima falta. Pero juntar las dos cosas, como se ha hablado de hacerlo, organizando estudios profesionales-prácticos, es un absurdo que provocaría la risa de todo educacionista serio. Mas fácil que eso es encontrar la cuadratura del círculo.

Don Diego era profundamente liberal. Su liberalismo era el de Amunátegui, el de Julio Simon, el de Laboulaye: liberalismo a la inglesa. Era enemigo de todo lo que fuera imposición. Tenía fe en el progreso, y en la fuerza incontenible del pensamiento.

Un día me decía: "los que quieren detener el progreso de las ideas, me hacen el mismo efecto que un hombre que quisiera sujetar la catarata del Niágara con una compuerta de álamo."

En sus últimos días el venerable sabio puso de manifiesto la bondad de su alma.

Los dolores de una cruel enfermedad no le produjeron un momento de mal humor.

Al médico que lo asistió con una dedicación de hijo, el distinguido doctor Sierra, le decía muy pocos días antes de morir: "Quisiera vivir para manifestarle mi agradecimiento; pero no lo voy a poder hacer. Cuida a su viejo amigo que ya se va."

Al mayor de sus nietos lo exhortaba a trabajar diciéndole:

"Me han llamado gran historiador, escritor fecundo. Todo eso es broma. Lo poco que sé me lo ha metido yo por fuerza en la cabeza, y me ha costado mucho. Cualquiera puede hacer otro tanto. Trabaja con un propósito serio y pertinaz y dirán lo mismo de tí."

Esa noble vida se extinguió perfumando su lecho de dolor con palabras afectuosas para todos los suyos, y con recuerdos tiernos para sus amistades ausentes.

El alma de Barros Arana era un conjunto de cualidades nobles, porque aun aquellos aspectos de su naturaleza moral que a primera vista parecen defectos, descansaban siempre en un fundamento de verdad o de rectitud.